

42  
nes? ¿Escaseará maldad alguna por delicadeza de conciencia para alcanzar el lisonjero fin de sus deseos un monstruo que tantas ha cometido, para proporcionarse los medios? Y quando á causa de la lealtad de los españoles no se atreva á intentarlo á fuerza abierta, ¿le será difícil con el poder que tiene y sus inmensas riquezas valerse del veneno para irnos quitando sucesivamente de enmedio como los únicos estorbos que se lo impiden? La historia está llena de iguales sucesos, y mas difíciles de prever, pues este está saltando á los ojos. No queramos pues, Señor, añadirla á costa nuestra y por un letargo culpable un exemplar mas. V. M. sabe mejor que yo por la lectura y por la experiencia que nada hay sagrado para la ambicion. ¿Que será pues para todos los vicios juntos? Bien sé que V. M. acostumbrado á tenerle en otro concepto, y á mirarle con los ojos indulgentes de la amistad horrorizado al mismo tiempo de estas ideas, repugnerà al pronto sin poderlo remediar el dárlas credito. En vano su entendimiento le querrá persuadir su posibilidad; en vano su razon armada de las pruebas que he dado y que daré, se empeñará en convencerle de su certidumbre; en vano añadirá la prudencia que tratándose de una materia tan interesante, aunque no hubiese mas que un motivo remotísimo de sospecha, se deberian poner en práctica con la mayor solicitud todas las precauciones necesarias para desvanecer el riesgo. A todo se opondrá el noble y sencillo corazon de V. M. Pretendrá juzgar por sí mismo del corazon de ese enemigo cruel y sin atender á las voces de aquellos tres fieles consejeros se obstinará en que es imposible que abri-  
gue

43  
que tales maldades. ¡Ah, Señor! No dé V. M. oídos á esa bondad perjudicial. Huya con horror en este caso de sus inspiraciones. No se nos ha dado el corazon para que juzgue en tales materias. Esto corresponde privativamente al entendimiento, á la razon y á la prudencia. Todos los hombres honrados, todos los Monarcas buenos que han sido victimas de la ambicion y de la perfidia agena lo han sido por no gobernarse por esta máxima. Bien á mano tenemos el exemplo. ¿Que fué lo que hizo perder el trono y la vida á nuestro pariente Luis XVI sino este mismo error? Si en lugar de seguir los impulsos de su benigno corazon hubiera echado mano, como la razon y la prudencia se lo dictaban desde el principio de la revolucion, de una fortaleza y de un rigor saludables para reprimir los malvados ¿quando hubieran perecido ni él ni su familia? No me desdeñaré, Señor, de citar en confirmacion de lo dicho un refran nuestro vulgar, que no por esto dexa de ser una máxima política llena de sabiduria: *Piensa bien de tu vecino y cierra tu puerta, ú otro que dice: Piensa mal y acertarás.* Aún quando pues no convencieren á V. M. las fundadas razones que alego contra ese hombre y que hacen indudables sus miras traidoras, solo con reflexionar sobre su elevacion deberia cortarle los vuelos. ¿Qué no deberá por tanto practicar, si como lo espero se le hacen palpables?

Voy á dar mayor valor á dichas razones haciendo ver en la conducta de tal hombre iniquo las demas señales de un verdadero conspirador. El que lo es, en las circunstancias en que este se halla, ademas de adquirir sin término autoridad, honores

\*

y

y riquezas, tira con sus artificios no solo á ganar la voluntad de sus Soberanos para usurparles cada dia mas poder, y agregarse mas amigos y parciales sino, á separar de su lado todo sugeto honrado y zeloso á toda persona leal; á cerrar todos los conductos por donde puede llegar la verdad á sus oidos; á aislarlos y dominarlos para facilitar quando quiera su ruina. Observe ahora V. M. toda la conducta de Godoy, y verá que ha sido la misma. Desde que se vió elevado comenzó á intrigar y á separar de la corte sucesivamente, ya con destinos lejanos, ya con destierros los sugetos mas leales é instruidos, tanto grandes como particulares, valiéndose para ponerlos mal con VV. MM. de mil chismes y embustes, unas veces contados por el, y otras por algun tercero ó tercera de su faccion. Lo mismo ha seguido y sigue haciendo, extendiendo esta política maquiavelica á los empleados en todas las carreras que por su elevacion hacen alguna figura, especialmente residentes en Madrid, por el mayor recelo de la facilidad con que podrian hacer llegar á V. M. la noticia de sus tramas y picardias. Eche si nó V. M. los ojos á ese sin número de Grandes, de Ministros, de Militares, de Eclesiasticos, de Togados desterrados, jubilados ó depuestos de sus empleos, que gimen esparcidos por esas provincias. Acuerdese de su conducta anterior, de su carácter, del concepto mismo en que los tenia, y verá que á juicio suyo como del público, eran por la mayor parte hombres juiciosos, honrados é irreprehensibles. ¿Y cómo es posible que todos ellos se trocasen repentinamente en otros tantos malévolos ó bribones? ¿Y quales serian regularmente los delitos que ese

calumniador les imputaría? *Que hablaban mal del gobierno.* Que hablaban mal de él mismo, debiera haber dicho. Que no podian reprimir su zelo al ver como abusaba contra sus mismos Reyes, del poder que le confiaban, y que hacia gemir á la nacion con sus vicios y tiranía. Al paso que lograba separarlos de la corte y de los empleos, llenaba en quanto podia sus huecos de parientes ó parciales suyos, colocando al lado de VV. MM. por este medio otros tantos confidentes que con las especies que les sugiriesen, ayudasen á sus tramas, ó como espías fieles observasen y noticiasen todos sus pasos. Quando faltaban personas de esta clase echaba mano de sugetos timidos y de cortos alcances, que ya que no le sirviesen, no fuesen capaces de perjudicarlo. Para conocer este manejo no es menester mas que considerar lo que ha pasado con el púlpito y con el confesonario de VV. MM. Receloso de que el cristiano zelo de algun predicador, desechando todo temor á su tiranía, pudiese dar á VV. MM. alguna luz acerca de sus escándalos, de sus pérfidas maquinaciones, ó de los males públicos, intentó y consiguió con su astucia desterrar en lo posible la útil y piadosa costumbre de que VV. MM. asistiesen á los sermones y demas de su Real Capilla. Reflexione si nó V. M. sobre el origen de esta novedad, y hallará que fué obra no de su religioso ánimo, sino del oculto artificio de ese hombre doloso que comenzaría por apartar á la Reyna mi madre, y por su medio á V. M. de dicha asistencia con el pretexto de evitar que las indiscreciones de algunos predicadores inquietasen sin motivo sus conciencias, y diesen ocasion al público para murmurar del gobierno.

Del suyo, de sus maldades era de lo que temblaba que hablasen. Pero al fin con este artificio consiguió su objeto, que era el de cerrar tambien esta puerta á la verdad. No menos temia que penetrase su luz por el terrible y secreto conducto del confesonario, si se elegian para él hombres de ciencia y de solida virtud; y así desde el principio de su favor determinó colocar en él parciales suyos, ó á falta de éstos, personas tímidas é incapaces por sus cortos alcances de conocer y decir la verdad. Intrigó pues, y logró hacer confesor de V. M. al Padre Moya paisano y amigo suyo, tan ignorante como débil, y para el confesonario de la Reyna mi venerada madre al demasiado famoso Muzquiz, el mas público y baxo de sus aduladores. Pasado algún tiempo, vacantes ambos confesonarios, pensaron VV. MM., sin duda á influxo suyo directo ó indirecto, porque él no quería en ellos personas de respeto, en tomar confesores sin título, y entró el Padre Fernando á serlo sin repugnancia suya, porque sabia que era un pobre hombre, incapáz de atreverse con él, y para la Reyna influyó en favor de su intimo amigo Orrian. Faltaron estos, y ya que no tuvo parte por haberse adelantado V. M. á nombrar el que tiene, en la eleccion de éste; proveyó el de la Reyna mi amada madre en el Carmelita su familiar, y el mio en el frayle Alcantarino maestro que fué suyo, y despues su humilde servidor: á quien por consiguiente, aun quando no lo sea, debo yo mirar como una espía sagrada suya, añadida á las muchas seculares con que me tiene rodeado en mi quarto, como tendrá rodeados á mis queridos padres en los suyos. Lo mismo que ha practicado en la corte, ha practicado en los demás empleos principales de

todos los ramos de gobierno; ha echado á los sujetos dignos si han tardado en morir, y aun á los no dignos si no han sido humildes esclavos suyos, y ha puesto en su lugar su extendida parentela de Godoyes, Alvarez, Morenos, &c., y á falta de estos, sus amigos y parciales.

En quanto á los consejos y cuerpos civiles, los ha limpiado lo mas que ha podido de hombres de bien y de vasallos leales, y si quedan algunos en los de la corte, que es donde mas los teme, es porque lo ignora, ó por miedo de hacerse mas odioso; y éstos y los demás hombres honrados, que han evitado hasta ahora su desgracia y permanecen cerca de V. M. ¿á qué lo deben? Al silencio profundo que guardan: á la corte que le hacen. Aterrado todo el mundo con los crueles golpes que ha dado á gentes de todas clases por un chisme, por una sospecha, sabiendo que sobre todo Madrid y los sitios hierven de soplones suyos, todas las bocas están cerradas: todos abominan de él en su interior; pero lejos de chistar, se ven precisados á doblar la rodilla. La nacion toda padece oprimida baxo el indigno yugo de ese tirano; pero nadie tiene valor para decir una palabra de esto á V. M.

¿Quiere V. M. mas pruebas de los proyectos y artificios de ese enemigo nuestro? Pues observe sus procederes conmigo. ¿Quantas veces han llegado á VV. MM. contra mí las especies mas malignas, ya de que yo era de un carácter indocil y soberbio; ya de que yo hablaba mal de los ministros ó de las providencias del gobierno, ya de que mostraba predileccion entre mis criados á aquellos que me traían chismes contrarios al respeto debido á mis amados

padres, ya de que tenía y leía libros prohibidos ó papeles perjudiciales? ¿Y quién era el autor de todos estos enredos sino él? Comenzaba por hacerse los creer á mi madre, lo que era facil; pues por desgracia mia la tenía y aun la tiene persuadida de que yo soy un hijo ingrato, que no la profeso el menor cariño; y despues pasaba la noticia á V. M. con todo el colorido que sabe dar á sus chismes el tal malicioso inventor; de lo que resultaba que VV. MM. se desazonaban conmigo, y á lo ménos interiormente me miraban con cierta desconfianza. Esto era lo que se proponia con su manejo ese hombre pérfido. Tiraba á dividirnos para destruirnos. Se recelaba tambien de que á causa de mi situacion llegase con mas facilidad á mis oidos la noticia de sus maldades, y que yo la trasladase á los de V. M., y con dichos enredos procuraba cerrarme á su corazon. Para desacreditar aun mas quanto yo pudiese decir, se esforzaba tambien á hacerme despreciable á sus ojos, como á los del público, esparciendo por todas partes él y sus parciales la voz de que yo era un jóven sin talento, sin instruccion, sin aplicacion, en fin un incapáz, un bestia, que tales fueron las expresiones con que llegaron á honrarme en sus conversaciones él y su gavilla, y que en el dia mas que nunca continúan. Para acreditar mas estas siniestras especies me ha tratado siempre con el mas declarado menosprecio. Su sobervia se ha complacido en humillarme, en abatirme, en hacerme experimentar su prepotencia con los desayres mas públicos, en aislarme en mi propio quarto, quitando de él á todo criado á quien yo he manifestado el menor afecto y confianza. Qualquiera

señal de amor ácia mí ha sido una señal de proscriptcion. La lealtad se ha castigado como un delito.

Con estas artes ha logrado separar de mi lado á todo hombre fiel y zeloso, y rodearme de espías y de enemigos, ó de sujetos indolentes y egoistas. ¿Pues qué diré de las continuas y estrechas ordenes para privar á todo el mundo la entrada en mi quarto? ¿Qué de tener cerradas todas sus comunicaciones, como si se tratase de asegurar una fiera? Yo ya sé que habrán coloreado á VV. MM. recelosos del cariño que me tienen, estos rigores, esta estrechez con el pretexto de evitar, que con el trato de personas de mal caracter se eche á perder el mio, y otras invenciones de igual clase. ¿Pero, Señor, con veinte y dos años que cuento, y ya viudo, estoy yo acaso en situacion de que el primero que llegue me engañe y me seduzca como á un niño? Y si esta es la causa que se alega, ¿por qué no se vé el mismo zelo y rigor en el quarto de mi hermano Carlos, harto mas facil de engañar y seducir como mas jóven y mas inocente que yo? ¿Es acaso porque yo sea de un genio travieso, inquieto, intrigante, ambicioso? ¿Y aunque esto fuese, sería medio propio para enmendarme el tratarme con tanta dureza? Pero sobre todo, y aquí invoco el testimonio de mi amado Padre: ¿qué señales ha dado jamas de tener tales defectos este hijo humilde, lleno de afecto y de respeto á VV. MM.; que con muda resignacion ha sufrido tantas y tan sensibles injurias de un monstruo tan despreciable, por consideracion á SS. RR. Padres, y que si despues de tales y tan largos trabajos se atreve á dirigir á V. M. esta rendida repre-

50  
presentacion es por salvarle, por librarle como á toda su Real familia del inminente riesgo que les amenaza? ¿Y debia yo dudar que mi opresion, mis trabajos, los chismes que sin cesar han agitado mi quarto, eran obra de ese hombre pernicioso? ¿Debia yo por ventura atribuirlos á los tiernos y rectos corazones de VV. MM.? ¡Ah Señor! Temia, temia siempre la negra y gangrenada conciencia de ese tigre, lo que este mismo instante le sucede, esto es, que yo revelase, como lo hago á V. M. sus maldades, sus atroces proyectos; temia el efecto de la voz del hijo fiel en el tierno y noble corazón del padre. Por eso tiraba á sembrar en el ánimo de V. M. la desconfianza, á privarme de su afecto, á separarme de su trato. Hasta el sistema de no aficionarme á la caza aunque adoptado por VV. MM. con la mas recta y útil idea, ha sido sostenido por él con el único fin de impedir que yo disfrutase en el campo de la amada compañía de V. M. y tuviese quando llegase á ser hombre ocasiones de descubrir sus infamias. Este mismo miedo es el que le ha hecho hacer todos sus esfuerzos para impedir como lo ha logrado hasta ahora que V. M. me hiciera asistir al despacho, á pesar de mi estado y edad.

No digo esto, Señor, por pretender semejante cosa. Mi única satisfaccion es y será siempre hacer la voluntad de mis amados padres, pero lo digo porque V. M. toque con la mano el diestro y uniforme manejo de ese hombre astuto para lograr sus torcidos fines, y su conducta artificiosa y constante para abusar del candor y confianza de V. M. y cerrar todas las puertas al terror de los malvados, á la temida verdad. Con todo, Señor, de nada

51  
da le han servido sus infernales astucias. Ya está resonando en los oídos de V. M. Dios que ampara la inocencia, y ataja los proyectos injustos y perversos se ha dignado valerse de mí para descubrir á V. M. los de ese hombre traidor. Me ha dado para ello valor, ha permitido que yo observase á pesar de mis sentimientos nacidos de las tramas y enredos de tal hombre, que mis queridos padres me tenían cariño, y que V. M. en especial repugnaba siempre dar asenso á lo que se le decia contra mí y esto me ha animado á abrirle mi corazón. A esta natural inclinacion de V. M. es á la que han tenido que ceder sus perfidos designios. ¿Quantas veces he oido decir lleno de ternura á mi amado padre, *Fernando no es capaz de hacer una cosa que no deba?* Si Señor, de lo que es capaz Fernando es de derramar gustoso hasta la ultima gota de su sangre por su buen padre. De esto puede estar seguro. ¿Pues que no tengo que agradecer á mi querida madre aunque tan preocupada contra mí? ¿A qué debí sino á su cariño y su advertencia el ver desmentida la calumnia ridícula de impotencia, intentada por ese mismo hombre para acabar de hacerme despreciable á los ojos del público? Pero ¿que extraño es que haya tirado á atraerme el menosprecio del público, si ha procurado y procura hacer lo mismo con sus Soberanos? Esta es otra señal inseparable de un conspirador, que tratando de arruinarlos sabe quanto se lo facilita el hacerlos despreciables á sus vasallos. Y ¿quanto sentimiento me causa decir que á lo menos ha logrado que ya no se haga caso de ellos respecto al que se hace de él? Si no ¿qué tiene que ver el aparato

to de sus años con la ostentación de su casa? ¿Qué la guardia de VV. MM. con la brillantez de la suya? ¿Qué el corto número de los que le obsequian con la inmensa y resplandeciente corte que en todo tiempo le rodea? ¿Qué comparación tiene el escaso respeto que se le tributa con las adoraciones que se dan á ese ídolo? Dueño de todas las gracias, lo es también de todos los inciensos. Todas las clases del estado, todos los cuerpos, todos los tribunales á porfía se esmeran en obedecerle, en obsequiarle y aplaudirle. Los Grandes, los Militares de mas alta graduación, los Togados, los Eclesiásticos mas condecorados disputan á sus inferiores el vergonzoso honor de ocupar por muchas horas no solo sus antecámaras, sino sus escaleras y hasta sus caballerizas para lograr una mirada suya, una palabra, un gesto risiño; teniéndose por feliz el que lo consigue. ¡Y desgraciada aquella persona visible que no se prostituye á estas vilezas, y se desdeña de tributarle un culto debido solo á sus Reyes! Escrita al momento en su libro de proscripción, no tardará en experimentar su venganza. Las ciudades, las provincias, llenan cada día las gazetas de las mas viles y fastidiosas lisonjas, y la nación entera pasmada de tales baxezas y casi acostumbrada á la esclavitud pronostica á boca llena, que el dia menos pensado dará este tirano los pocos pasos que le quedan que andar para derribar nuestra familia del trono, y sentarse en él. Y ¿á qué se han dirigido, Señor, los esfuerzos secretos que segun voz general ha hecho para destruir los Guardias de Corps? ¿A qué la reducción de mitad de fuerzas de los batallones de Guardias de infantería que

que ha logrado efectuar, sino á dexar á VV. MM. indefensos contra sus asechanzas privandoles de estos cuerpos fieles é incorruptibles, y haciéndoles quedar con poca ó ninguna custodia, al paso que el aumentase, como lo ha hecho y lo va haciendo cada día, su escogida y excesiva guardia? Para el mismo objeto de acrecentar sus fuerzas militares inventó y tomó la Coronelia general de Suizos. Contando con que las tropas de esta nación como extrangeras serian mas fáciles de ganar ó de engañar en un apuro que las españolas, y mucho mas si las acostumbraba á mirarle y depender de él como de su Xefe supremo, cargó con dicho nuevo empleo y no lo ha dexado. Creo que se engañaría en sus cálculos si llegase el caso, en quanto á la mayor parte de los oficiales. Pero si abriera cofres como era regular ¿que fuerza no haria á los soldados su autoridad? Y los varios regimientos que hay mandados por sus parientes y parciales, si se agregaba el poderoso móvil del oro ¿no estarian expuestos á padecer algun veyven en su fidelidad; mucho mas dorándose el soborno con la circunstancia de ser en favor de una Princesa de nuestra sangre ¿qual lo es su muger? Vea pues V. M. como todos sus pasos, toda su conducta indican un verdadero conspirador.

Bien veo, Señor, que aunque lo que llevo dicho hasta aqui haga fuerza á V. M. no dexará al pronto de quedar confuso al oír tal cúmulo de acusaciones, y dudoso del credito que ha de dar á muchas de ellas, figurándose tal vez que algun malevolo pueda habermelas inspirado. ¡Oxala fuera así! ¡Oxala fueran falsas! Pero no, Señor; son de-  
ma

masiado ciertas. No he necesitado que ninguno en particular me las inspire. La pública voz las ha ido trayendo sucesivamente durante algunos años á mis oídos. Otras he tocado y toco con las manos, y todas las he visto confirmadas por el testimonio de todas las personas juiciosas é imparciales que he tratado, y aun por las hablillas de los criados inferiores, pues no hay un español que no respire por las heridas que ese tirano ha hecho á la patria. Me constan pues con certidumbre. Y si no ¿como me habia yo de aventurar á hacerselas presentes á mi padre y Rey á quien tanto amo y respeto? No le daria yo este motivo de sentimiento y de cuidado, si no estuviera bien asegurado y si no urgiera tanto el que lo sepa. Urge tanto mas, quanto ese hombre con las nuevas facultades del Almirantazgo y las que él se tomará con este pretexto va á acabar de absorber la poca autoridad que ha quedado á V. M. y los pocos caudales públicos que hasta el día se habian librado de las uñas de su codicia. Apura tambien por que su astucia diabólica le ha sugerido la idea de hacerme casar con la hija segunda del Infante D. Luis su cuñada, en lo que lleva entre otros fines los siguientes: Primero: El de elevarse y acercarse mas al trono: Segundo; El de ponerme al lado una muger viva y traviesa, cuyo trato forzoso y familiar con el y con su casa, le proporcione la mayor facilidad para corromper su corazón, pervertir sus costumbres, dominarla por este medio, y hacer de ella una espia suya, y una enemiga mia, tanto mas perniciosa, quanto mas inseparable y mas inmediata. El tercero: El imposibilitar mas y mas en todo su caida  
y

y el trastorno de su fortuna. Tales son las principales ventajas que de este enlace se promete y por lo mismo lo ha hecho tomar con empeño á la Reyna, engañandola sin duda con sus astucias acostumbradas y con razones aparentes, fáciles siempre de hallar. Confieso ingenuamente á V. M. que habiéndoseme propuesto en la última jornada del Escorial, sorprendido al pronto no teniendo al rededor de mí gracias á la vigilancia de nuestro enemigo, una persona juiciosa y fiel á quien consultar ni permitiendome mi respeto y demasiada corteidad de genio abrirme con V. M., ó resistir al influxo de mi madre, receloso por otra parte de que si me negaba, ese hombre vengativo se apresuraria á hacerme dar un veneno, tuve la debilidad de condescender en dicho enlace, esto es, de consentir en la ruina de VV. MM. y la mia; pues tal seria la execucion de semejante union. Reflexioné despues á mis solas; y conociendo que por todo debia pasar, menos que por precipitarme en tal abismo, el invariable y tierno cariño que siempre he reconocido en el corazón de V. M. me animó, haciendo renacer mi confianza. Me resolví pues á depositar en él todos los secretos del mio, y entre ellos, como lo acabo de hacer, esta justísima repugnancia. Por último: el poder de Godoy ha llegado á tales términos con el Almirantazgo, que ya no se podia dexar de ponerlo todo en noticia de V. M. sin exponerle y exponer á lo reyno al mas funesto trastorno, y esto me hace adelantarme á romper mi silencio. Sé que si llega á traslucirse la menor cosa de este paso mio, estaré en inminente riesgo de que este hombre vengativo me haga dar un veneno, aun  
antes